



El nuevo elepepepepe de la casa Fromont

ERA muy tarde cuando se despertó Jorge Fromont. Toda la noche, entre el

drama que se representaba abajo y el festejo que arriba se celebraba tan alegremente, había dormido á pierna suelta en esa posturación, ó sueño de aniquilamiento

en que suelen caer y hundirse los criminales la víspera de su ejecución, y los generales vencidos la noche de su derrota; sueño de que no se quisiera despertar y en que se conoce anticipadamente la muerte por la falta de toda sensación.

La excesiva luz que penetraba al través de sus cortinas, aumentada por la reverberación de la nieve que tapizaba el jardín y los tejados, lo llamó al sentimiento de la realidad. Al despertarse sintió un sacudimiento que estremeció todo su cuerpo y aun antes de pensar, esa vaga impresión de tristeza que los males olvidados dejan en su lugar. Todos los ruidos de la fábrica, la jadeante, sorda respiración de las máquinas estaban ya en plena actividad. El mundo existía pues aún, y poco á poco la idea de responsabilidad se despertó en él.

— ¡Hoy es el día fatal! — exclamó en un movimiento instintivo hacia la sombra de la alcoba, cual si hubiera querido sumirse otra vez en un largo sueño.

La campana de la fábrica sonó luégo; luégo otras de la vecindad, después fueron dando la oración los campanarios.

— ¡Las doce ya!... ¡Cuánto he dormido!

Jorge sintió un como remordimiento y un alivio verdadero al pensar que el conflicto del vencimiento había pasado sin él. ¿Qué habrían hecho abajo? ¿Por qué no le habrían avisado?

En su inquietud se levantó, entreabrió las cortinas y vió á Risler y á Sigismundo hablando en el jardín, cuando hacía mucho tiempo que ni siquiera se saludaban. ¿Qué había pasado? Cuando estuvo dispuesto y fué á bajar, encontró á Clara en la puerta de su aposento.

— No hay necesidad de que salgas — le dijo.

— ¿Y eso?

— Quédate aquí... ya te lo explicaré.

— ¿Pero qué sucede? ¿Han venido ya á cobrar?

— Sí.

— ¿Y se ha hecho... el protesto?

— No... Se ha pagado.

— ¡Pagado!... Pero... ¿cómo?...

— Risler ha encontrado el dinero. Desde esta mañana temprano corre con Planus... parece ser que su esposa tenía joyas preciosas... sólo el collar de diamantes ha traído veinticinco mil francos... También ha vendido su casa de Asnières con todo lo que contenía; sino que como faltaba tiempo para la escritura de venta, han adelantado la suma Planus y su hermana.

Clara se desviaba de él hablando; Jorge, por su parte, bajaba la cabeza para rehuir su mirada.

— Risler es un hombre honrado — añadió Clara —

y al saber la procedencia del lujo que su mujer arrasaba...

— ¡Cómo! — exclamó Jorge espantado. — ¿Sabe Risler?...

— Todo — contestó Clara bajando la voz.

El desgraciado palideció y balbuceó algunas palabras.

— Pero entonces tú...

— ¡Oh! Yo... yo lo sabía todo antes que Risler. Ayer, al volver de Savigny, ya te dije que había oído allá cosas crueles y que hubiera dado diez años de vida por no haber hecho aquel viaje.

— ¡Clara!...

Y en un arranque de ternura, dió Jorge un paso para acercarse á su esposa; pero tenía ésta un semblante tan frío, tan indiferente y austero, había derramada en toda su persona tal expresión de enojo y desesperación, que no se atrevió á estrecharla contra su pecho como había intentado; sólo murmuró en voz tenue:

— Perdóname, te lo ruego; perdóname.

— Me encontrarás muy tranquila — dijo la animosa mujer. — No lo extrañes: ayer lloré todas las lágrimas de mi alma. Si creíste que lloraba por nuestra ruina, te has engañado. Mientras uno es joven y fuerte, como somos nosotros, no son permitidas tales flaquezas: estamos armados contra la miseria y podemos combatirla de frente. No, no; lloré por nuestra felicidad destruída, lloré por ti, por tu locura, que te ha hecho perder la verdadera, la única amiga que tenías.

Hermosa estaba Clara hablando así, mucho más, cien veces más que Sidonia lo había estado nunca, envuelta en una luz que parecía caer de lo alto sobre ella como las claridades de un cielo puro y sin nubes, mientras el semblante de la otra no parecía sino que sacaba su esplendor, su expresión picaresca é insolente de las candilejas de algún teatro de mala muerte. La

inmovilidad que había antes en la fisonomía de Clara, se había animado ahora con las inquietudes, las dudas y tormentos de la pasión; y como las barras de oro que no tienen su valor hasta que la seca pone en ellas su punzón, aquella hermosa cara de mujer, marcada con el sello del dolor, conservaba desde la víspera una expresión inefable que completaba su belleza.

Jorge la miraba con admiración; parecíale más viva, más mujer, y tanto más adorable, cuanto menos fácil era ya entre ellos la aproximación. El remordimiento, la desesperación, la vergüenza entraron en su corazón simultáneamente con este amor, y se hincó de hinojos á sus plantas.

—No, no; levántate —le dijo Clara con viveza. — ¡Ah! ¡Si supieras lo que me recuerdas!... si supieras qué Magdalena impenitente y embustera he tenido á mis piés!...

—¡Oh! yo... yo no miento —contestó Jorge estremeciéndose. — ¡Ah! Clara, te suplico en nombre de nuestra hija...

En esto llamaron blandamente a la puerta.

— Levántate; ya ves que la vida nos reclama — le dijo Clara en voz baja, sonriendo amargamente.

Y fué á ver quién llamaba.

Era un recado de Risler, que rogaba á Jorge bajara al despacho.

— Está bien. Decidle que ha recibido el recado.

Jorge dió un paso para salir.

Clara se interpuso.

— No, déjame ir á mí: no es prudente que os aviséis aún.

— Pero...

— Nada; no vas, yo iré. Tú no sabes en qué estado de indignación y cólera está, y con razón, ese desgraciado á quien habéis deshonrado tan vilmente. Si lo hubieras visto esta noche obligando á su mujer á...

Clara le decía esto cara á cara con una curiosidad cruel para sí misma.

Peró Jorge no se conmovió, limitándose á decir:

— Mi vida pertenece á ese hombre.

— También me pertenece á mí y no quiero que bajas ahora: bastante escándalo ha habido ya en la casa de mi padre; como que toda la fábrica está al tanto de lo que pasa, y todo el mundo nos espía. Menester ha sido toda la autoridad de los contra-maestres para ordenar hoy el trabajo y tener á raya á los curiosos.

— Iré como de oculto.

— Y aunque así sea. ¡Estos son los hombres! No retroceden ante los mayores crímenes: engañar á la esposa, engañar al amigo; pero la idea de que se les pueda acusar de haber tenido miedo es lo único que respetan. Fuera de esto, escucha: Sidonia se ha ido, se ha ido para siempre, y si tú sales de aquí, me darás lugar á creer que es para reunirte con ella.

— En buen hora; me quedo... haré todo cuanto tú quieras.

Clara bajó al despacho del cajero.

Viendo á Risler paseándose á lo largo del despacho con las manos cruzadas por detrás, tan manso y pacífico como siempre, ni se hubiera sospechado lo que había pasado en su vida desde la víspera.

En cuanto á Sigismundo, estaba radiante, viendo sólo en todo esto pagado el vencimiento puntualmente y á salvo el honor de su casa.

Cuando apareció madama Fromont, se sonrió tristemente Risler moviendo la cabeza.

— Ya me temía yo que bajara usted en lugar de él; pero no es con usted, señora, con quien tengo que entenderme. Es preciso absolutamente que yo lo vea, que le hable. Hemos hecho frente al vencimiento de hoy, ha pasado lo más recio; pero tenemos que ponernos de acuerdo sobre muchas cosas.

— Risler, amigo mío, espere usted todavía; yo se lo ruego.

— ¿Por qué, señora? No hay que perder tiempo. Pero ya lo sospecho: sin duda teme usted que ceda yo á un arrebató de cólera. Tranquilícese usted y que se tranquilice él también. Ya sabe usted lo que le he dicho: el honor de la casa Fromont, todavía me interesa más que el mío. Está comprometido por mi culpa: menester es que repare el daño que he hecho ó que he dejado hacer.

— ¡Oh! La conducta de usted pára con nosotros es nobilísima, heróica, mi querido Risler; bien lo sé.

— ¡Ah, señora! es un santo — dijo á su vez el pobre Sigismundo, quien no atreviéndose á dirigirse á su amigo, quería, á lo menos, manifestarle su remordimiento.

Clara continuó:

— Pero ¿no se teme usted á sí mismo? Las fuerzas humanas tienen su límite, y pudiera ser que en presencia de quien le ha hecho tanto daño...

— ¡Adorable criatura que no habla más que del daño que se me ha hecho! Pues sepa la digna hija de mi inolvidable patrono, que todavía estoy más herido por la traición que se le ha hecho á usted, señora mía.

— ¡Oh! Gracias, muchas gracias, Risler.

— Pero no hablemos de esto ahora. Ahora no hay aquí más que un comerciante que desea entenderse con su consocio en interés de la casa. Que baje sin ningún recelo, y si teme usted algún arrebató por mi parte, quédese en buen hora con nosotros. En todo caso, no tendría más que convertir los ojos á la hija de mi amo (que en paz descansa) para recordar mi palabra y mi deber.

— Confío en su palabra, mi querido Risler — dijo Clara estrechándole la mano.

Y subió confiada á llamar á su marido.

El primer momento de la entrevista fué tremendo. Jorge Fromont estaba lívido, tembloroso, humillado. Hubiera querido verse cien veces ante la amartillada pistola de aquel hombre, más aína que comparecer á su presencia como culpable impune y verse obligado á reducir sus sentimientos á la calma de una conversaci3n de negocios mercantiles.

Risler rehuía mirarlo y continuaba paseándose, á la vez que hablaba.

— Nuestra casa — decía — atraviesa una crisis espantosa. Hemos podido evitar hoy la catástrofe; pero no es este el único vencimiento... Esa maldita invención me ha entretenido mucho tiempo alejándome de los negocios; mas ya, por fortuna, estoy libre y podré en adelante ocuparme más en ellos. Conviene al interés de la casa que usted, por su parte, se ocupe también con más empeño, porque los operarios, los empleados todos siguen siempre el ejemplo de los amos. Hay en todos ellos una negligencia lastimosa: esta mañana, por la primera vez en un año, han puesto manos á la obra, á la hora exacta, y es preciso que usted ponga en orden todo eso. Por lo que á mí toca, volveré á mis dibujos, cuanto más que están pasados ya los modelos, y se necesitan otros para las nuevas máquinas. Tengo la mayor confianza en nuestras estampadoras, como quiera que los experimentos hechos han superado mis deseos. Tenemos, pues, á no dudar, con qué rehabilitarnos levantando nuestra industria. No se lo he dicho á usted antes, porque quería sorprenderlo; pero ahora no tenemos ya ninguna sorpresa que darnos. ¿No es verdad, Mr. Fromont?

Tuvo su voz una expresi3n de ironía tan amarga que Clara se estremeci3 temiendo un arrebató.

Pero Risler continuó tranquilamente:

— Sí, puedo asegurar que dentro de seis meses, la *estampadora Risler* comenzará á dar resultados magni-

ficos; sino que estos seis meses serán duros de pasar. Será preciso restringirnos, disminuir los gastos, hacer todas las economías posibles. Tenemos cinco dibujantes; los reduciremos á dos: yo me encargo de suplir la falta de los otros, tomando de la noche lo que me falte de día. Además, desde este mes, renuncio á mi participación de consocio, limitándome á mi sueldo de contra maestro como antes y nada más.

Jorge fué á hablar, pero su mujer lo contuvo con un gesto, y Risler continuó diciendo:

— Yo no soy ya vuestro consocio, Mr. Fromont, y vuelvo á ser el dependiente de antes, como debía haber sido siempre. Queda, pues, desde hoy anulado nuestro contrato de asociación. Así debe ser, y será. De esta manera continuaremos hasta el día en que la casa se desahogue y pueda yo... Pero lo que yo haya de hacer entonces, no atañe á nadie más que á mí. Esto es lo que tenía que decir á usted, Mr. Fromont. Es menester que se ocupe usted en los negocios de la fábrica, que lo vean á usted con más frecuencia, que se sientan todos bajo el ojo del amo, y con esto creo que entre nuestros males habrá algunos reparables.

Durante el silencio que siguió, se oyó ruido de ruedas en el jardín, y dos carros de mudanza vinieron á pararse delante de la escalinata.

— Ustedes me permitirán que me ausente un momento. Los carros del *Hotel de ventas* vienen por todo lo que tengo allá arriba.

— ¡Cómo! ¿Va usted á vender también los muebles de su casa?— preguntó Clara.

— Sin duda, señora. Tengo que restituir su importe á la casa Fromont.

— Eso no puede ser — dijo ahora Jorge. — Yo no puedo permitir eso.

Risler se volvió súbito en un movimiento de indignación.

— ¿Qué es lo que no permite usted?

Clara lo miró con expresión suplicante.

— Es verdad... es verdad—murmuró Risler calmándose.

Y salió precipitadamente para no caer en tentación.

El segundo piso estaba desierto.

Los criados, despedidos y pagados desde por la mañana, habían abandonado la casa en el desorden del día siguiente al de una fiesta, y tenía todo aquello el aspecto del lugar en que acaba de pasar un drama, y en que queda algo en suspenso entre los hechos consumados y los que han de consumarse aún. Las puertas abiertas de par en par, la tapicería amontonada en los rincones, las bandejas cargadas de vasos, los preparativos de la cena y aun la mesa servida é intacta, el polvo del baile en todos los muebles, el olor del ponche mezclado con el de las flores marchitas y los polvos de arroz, todos estos detalles impresionaron hondamente á Risler desde que entró.

En el desordenado salón estaba abierto el piano, la bacanal de *Orfeo en los Infiernos* en el atril, las derribadas sillas, huyendo, por decirlo así, espantadas, y las colgaduras de colores chillones plegadas sobre aquel desorden, todo aquello causaba la impresión de una cámara de paquebote náufrago, de una de esas noches horribles en que se sabe de repente, en medio de un festejo á bordo, que el barco hace agua por todas partes, á consecuencia de un choque.

Los mozos de la empresa comenzaron á bajar muebles.

Risler los miraba tan tranquilo como si hubiera estado en una casa extraña. Aquel lujo de que estaba ayer tan ufano, inspirábale hoy profunda repugnancia. Sin embargo, cuando entró en el gabinete de Sidonia sintió una vaga emoción.

Era una gran pieza tapizada de raso azul debajo de blanquísimo encaje: un verdadero nido de *traviata*. Por allí rodaban volantes de tul estropeados ó rotos, lazos, flores contrahechas. Las bujías, ardiendo hasta consumirse, habían hecho estallar las arandelas, y la cama con su pabellón azul y gasas blancas, intacta en medio de aquel desorden, parecía la cama de una muerta, una cama de respeto donde nadie dormiría ya.

El primer movimiento de Risler al entrar en este aposento fué un arrebato de espantable cólera, el impulso, la voluntad de lanzarse sobre todo esto y romperlo y destruirlo todo. Y es que nada se parece tanto á una mujer como su aposento. Aun ausente, sonríe su imagen todavía en los espejos que la han reflejado: algo de ella, de su perfume favorito queda en todo lo que ha tocado. Encuétranse sus actitudes en los cojines de los divanes y se siguen sus idas y venidas al tocador entre los dibujos de la alfombra. Lo que aquí recordaba más á Sidonia era un estante cargado de juguetes infantiles, de chinescos insignificantes y menudos, abanicos microscópicos, vajilla de muñeca, zapatitos dorados, pastorcitos y pastorcitas frente á frente cambiando miradas de porcelana relucientes y frías: tal era el alma de Sidonia, aquel estante; y sus pensamientos siempre triviales, pequeños, vanidosos, vacíos, se asemejaban á aquellas necedades. Estamos por decir que si la noche pasada, cuando Risler tenía entre sus crispadas manos á Sidonia, le hubiera roto la cabeza en su furor, habría salido de ella, en vez de sesos, todo un mundo de juguetes, de muñecas.

El pobre hombre pensaba tristemente en estas cosas, entre el golpeteo de los martillos y el ir y venir de los mozos, cuando unos pasitos resueltos, aunque tan menudos, resonaron á su espalda, y muy luégo se le puso delante con la misma resolución el enteco

Mr. Chebe, jadeante, encendido, echando chispas por los ojos.

Como siempre que hablaba con su yerno, lo tomó por lo alto.

—¿Qué viene á ser esto? ¿Con que es cierto lo que me han dicho? ¿Con que se muda usted de casa?

—No me mudo, no; vendo los trastos.

El indignado suegro dió un salto retrógrado.

—¡Cómo que vende usted los trastos!

—Todo lo vendo, todo—dijo Risler con voz sorda y sin mirar á su suegro.

—Vamos, Risler, calma y razón... ¡Voto á chápiro! No digo yo que la conducta de Sidonia... En fin, yo no sé nada, ni nada he querido saber nunca... sólo quiero traer á usted al terreno de la razón, de la dignidad, porque la ropa sucia debe lavarse en familia ¡qué diablos! y no dar el escándalo que desde esta mañana está usted dando. Vea usted cuántos curiosos están mirando por los vidrios de los talleres y aun á cara descubierta en el tinglado. Y todo el barrio sabe ya...

—Tanto mejor: el agravio ha sido público, y público debe ser también el desagravio.

Esta calma aparente, esta indiferencia á todas sus observaciones, exasperaron á Mr. Chebe, el cual cambió súbitamente de maneras, tomando para hablar á su yerno el tono serio, autoritario y absoluto que se emplea con los niños y los locos.

—Pues bien; no, no tiene usted derecho para sacar de aquí nada: me opongo á ello formalmente, con toda mi fuerza de hombre, con toda mi autoridad de padre. ¿Cómo se entiende? ¿Cree usted que voy yo á permitir que deje á mi hija sobre la paja? Eso no; de ninguna manera. Basta de locuras y... no digo más, sino que no saldrá ya nada de la casa.

Y cerrando la puerta, el temerario hombrezuelo se plantó delante en actitud heroica.

Y es que el desdichado abogaba también por su propia causa; porque una vez su hija sobre la paja, como él decía, desconfiaba mucho el padre mismo de dormir en plumas.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que estaba muy bien plantado en su actitud de padre indignado; sino que no hubo de conservar mucho tiempo su heroica actitud.

En efecto, dos manos, dos tornillos, mejor dicho, lo agarraron de los brazos y se halló muy luego en medio de la estancia, dejando libre la puerta á los mozos.

— Escúcheme usted bien, señor suegro — le decía Risler á media voz. — Se me acaba la paciencia: desde esta mañana vengo haciendo esfuerzos inauditos para reprimirme; pero no sería menester mucho para que estallara mi cólera, y entonces ¡ay del que la hubiera estremado! Soy capaz de matar á alguien. Con que váyase usted, y cuanto antes mejor para usted.

Había tan rudo acento en sus palabras, y tal y tanto garbo en la manera de sacudirlo mientras le hablaba, que Mr. Chebe no se resistió ya á este género de elocuencia, y aún dió algunas disculpas. Ciertamente Risler tenía mucha razón en obrar así, y todas las personas honradas estarían de su parte. Y á medida que hablaba, retrocedía hacia la puerta.

Ya allí, preguntó tímidamente á su yerno, si continuaría la pensión señalada á madama Chebe.

— Sí — contestó Risler; — pero hay que reducirse á ella, porque ahora mi posición aquí no es ya la misma, no siendo ya socio de la casa.

Mr. Chebe abrió con asombro tamaños ojos y tomó la expresión idiota que hacía creer á muchos que el accidente que le había sucedido, en un todo igual al del duque de Orleans, no era un cuento de su invención; pero no se atrevió á hacer observación ninguna. Le habían cambiado positivamente á su yerno. ¿Era Ris-

ler, el bonachón de Risler aquella especie de tigre que se erizaba á la palabra menos ofensiva y hablaba nada menos que de matar á las gentes?

Mr. Chebe se deslizó escalera abajo, tomó su seriedad en el patio y salió á la calle con aire de vencedor.

Luego que estuvo desocupada la casa, recorrió todas sus piezas Risler por última vez, tomó luego la llave del piso y bajó al despacho de Planus para entregarla á madama Fromont.

— Puede usted alquilar el piso — le dijo — y será un ingreso más para la fábrica.

— Pero ¿y usted, amigo mío?

— ¡Oh! Yo no necesito gran cosa: un catre allá en el desván me basta. No há menester más un dependiente, porque lo repito, desde hoy no soy más que eso en la casa, un infatigable y fiel dependiente de quien no tendrán ustedes que quejarse, yo lo juro.

Jorge, que repasaba cuentas con el cajero, se impresionó tanto de oír hablar así á aquel desgraciado, que tuvo que salir precipitadamente, pues lo ahogaban los sollozos.

Clara estaba también muy conmovida, y acercándose al nuevo dependiente de la casa Fromont con tanto respeto como cariño, le estrechó la mano, diciéndole con tierna efusión:

— Risler, buen amigo, doy á usted las gracias en nombre de mi padre.

— Sólo pienso en él, señora, desde anoche — contestó sencillamente Risler.

En esto entró el tío Aquiles con la correspondencia.

Risler tomó el paquete de cartas, las fué abriendo una á una con mucho sosiego y entregándolas sucesivamente á Sigismundo.

— Aquí hay un pedido para Lyon... ¿Por qué no se ha contestado á Saint-Etienne?

Abismábase Risler en estos detalles con una lucidez

de inteligencia que provenía precisamente de esa perpetua tensión de espíritu hacia la calma y el olvido.

De repente, entre aquellos sobres amplios, sellados con nombres sociales, y cuyo papel olía á despacho como revelaba su plegado la presura de la expedición, hubo de distinguir una más pequeña cerrada con más esmero y sin cosa de sello comercial. Muy luégo conoció el caracter de letra fino, largo, anguloso... « Á Mr. Risler—Personal.» Era letra de Sidonia. Al verla, sintió el mismo impulso que había sentido allá arriba á vista de su cama.

Todo su amor, toda su cólera de marido burlado se revolvían en su pecho con esa fuerza de indignación que hace los asesinos. ¿Qué le escribía? ¿Qué nueva mentira había imaginado? Fué á abrir la carta y se detuvo: comprendía que si leía esto, había dado al traste con todo su valor.

Entonces acercándose más al cajero le dijo en voz baja:

— Sigismundo, amigo mío, ¿quieres hacerme un favor?

— De cabeza — contestó el cajero con entusiasmo y decisión.

¿Cómo no? ¡Tenía tanto gusto en oír á su amigo hablarle con la familiaridad de los antiguos días!...

— He aquí una carta que se me dirige á mí personalmente y no quiero yo leer ahora, porque estoy seguro de que me impediría pensar y aun vivir. Guárdamela y esto con ella.

Y se sacó del bolsillo un paquete cuidadosamente atado y se lo entregó con la carta.

— Es todo lo que me queda del pasado, todo lo que me resta de esa mujer... Estoy resuelto á no verla á ella ni nada que me la recuerde, antes de que haya terminado y bien terminado aquí mi empeño... No quiero quebraderos de cabeza... ya me entiendes...

Tú pagarás por mi cuenta la pensión á Mr. Chebe, y aun si ella misma pidiera algo... harás lo necesario. Pero no has de hablarme de ella jamás... y hasta que yo te lo pida, guardarás cuidadosamente el depósito que te he entregado.

Sigismundo guardó la carta y el paquete en un cajón secreto de su escritorio con otros papeles importantes.

Risler continuó revisando la correspondencia; pero en todas las cartas veía prolongarse aquellos finos caracteres ingleses trazados por una mano que tantas veces había estrechado contra su corazón.

